

Así al través del vaso cristalino
 Nos llega á iluminar la lumbre pura ;
 Así del sol el rayo diamantino,
 Sin romper de las aguas la tersura,
 Penetra en deslumbrante torbellino
 Tal vez al fondo de la mar oscura,
 Semejando en sus olas rebramantes
 Del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre á un tiempo :—Perfumado
 Capullo y á la vez fragante rosa ;
 El bien aun de nosotros alejado,
 Y de aquel bien la posesion dichosa :
 La esperanza á la vez y lo esperado ;
 La anhelante inquietud, la paz sabrosa,
 Tal el misterio fué que dió fecundo
 Fruto de vida y libertad al mundo.



BELEN.

III.

¿ A dónde envanecido
 Me arrastras, ardoroso pensamiento ?
 ¿ Dó vuelas, atrevido,
 Con raudo movimiento,
 Ambas las alas desplegando al viento ?

¿ Cómo á escalar te atreves
 Esa region de tan suprema altura ?
 ¿ Cómo en alas tan leves
 Alcanzar la ventura
 De contemplar de Dios la lumbre pura ?

Gusanillo ambicioso
 Del sol, en mariposa convertido,
 Que al cielo esplendoroso
 Remontas decidido,
 En tan frágiles alas sostenido:

¿Dó irás que no te canse
 En breve la asperísima subida?
 ¿Dó será que descanse
 Tu fuerza enflaquecida
 En lucha á tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,
 Esos tus ojos débiles mortales,
 Que á los solares fuegos
 Se anublan, los raudales
 Contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla
 Al choque mas ligero quebrantado,
 En cuya mente brilla
 Un destello emanado
 Del soberano rey de lo creado.

¿Qué es el mortal en suma
 Mezcla de lodo y de fulgor divino?
 Bomba fugaz de espuma,
 Que en su raudal camino
 Hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,
 Mas allá de su sér ansioso mira...
 ¿Es su esplendor pasado
 Perdido, el que suspira,
 O á mas glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,
 Que su mezquino sér constante agita;
 Un túrbido mareo,
 Que sin cesar le incita
 Y en vórtice sin fin lo precipita,

Y tú, mortal poeta,
 De flaca voz y genio limitado;
 ¿Podrás á la alta meta
 Llegar afortunado,
 A tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,
 Funesto don de la ignorancia humana;
 ¿Aspira tu locura
 A ver la soberana
 Luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente
 El vate contra el polvo prosternando
 La antes altiva frente,
 No orgulloso cantando,
 Las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fè del cielo
 En las fulgentes alas sostenido,
 Acaso en rauda vuelo
 Remonte enardecido
 Dó el sumo resplandor vive escondido!

Y de la fè del cielo
 De la voz y canto
 Poder a la gloria
 Llevar al mundo
 A tan humildes cimientos avocados

IV.

Las águilas impías
 Dominaban señoras del romano
 Sobre naciones cultas y bravías:
 El Galo y el Hispano,
 El Picto y el indómito Germano;

Y el Sárмата invencible,
 En su árido desierto, y el Numida
 Con su corcel terrible,
 Y el Chino, cuya vida
 De la lid pasa lejos homicida;

Y el elocuente Griego,
 Y el Persa en los tegidos afamado;
 Y el Abisinio ciego,
 Y el Kopto iluminado
 En ciencias tenebrosas iniciado:

Y en fin, desde el Oriente,
Cuna del Salvador afortunada,
Hasta el rico Occidente;
Vecina ó apartada,
Pobre ó rica, desierta ó habitada;

Region no habia alguna
Que no rindiese humilde vasallage
De Roma á la fortuna;
Ni viviente linage,
Que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo
De Roma, se humillaba entero el mundo,
Esclavo de un esclavo!
Que Roma, al yugo inmundo
Del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente
De regiones vastísimas señora:
—La reina prepotente
A quien el mundo implora,
Al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,
Las antiguas virtudes olvidadas,
Só el yugo que le oprime;
Las leyes conculcadas,
Las mas santas costumbres despreciadas!

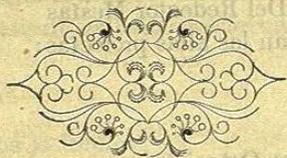
—Tributaria Judéa,
El trono de David era ocupado
No de familia hebrea:
Un extranjero odiado
Era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento
Del mundo en las edades, de los dias
Que al fausto nacimiento
Del Redentor Mesías
Anunciaban las altas profecías:

El César Octaviano
Quiso contar la inmensa muchedumbre
Esclava del romano;
Y de su servidumbre
A aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera
 Un empadronamiento escrupuloso,
 En el cual se inscribiera
 Con el menesteroso
 El altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,
 Del edicto imperial desapiadado
 Fieles ejecutores;
 Al mundo esclavizado
 Obedecer hicieron lo mandado.



V.

Fieles José y MARIA á la costumbre
 Seguida en Isráel desde remotas
 Edades, de inscribirse por familias
 Y tribus; la romana ley premiosa,
 Apenas conocida, resolvieron
 Dirigirse á Belen sin mas demora.
 Era aquella ciudad, patria felice
 De David; y José y su casta esposa,
 Descendientes de aquel, la contemplaban
 Su nativo pais y cuna propia.

Del otoño era el fin.—Torrentes raudos
 Desde la cima de las altas rocas,
 Con horrible fragor hasta los valles
 Llevaban sus corrientes bramadoras:
 Silbaba el aquilon del norte frio
 Al través de las ramas ya sin hojas
 Del cedro y terebinto que en los llanos
 Se burlan de sus iras destructoras;
 Y el cielo azul de viajadoras nubes
 Cubierto, que los astros encapotan,

Que se acerca ya el tiempo anuncia al hombre
De la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fría
Emprendieron la marcha fatigosa
José y Miriam.—La jóven cabalgaba
Sobre el manso animal, que á las matronas
Pobres servia en dilatados viajes
Por aquellas comarcas arenosas.
A pié de ella no lejos, caminaba,
Vástago ilustre de prosapia heróica,
Pensativo el esposo, meditando
En las promesas del Señor gloriosas.
A las cinco jornadas descubrieron,
Ceñida de amenísima aureola
De viñas y de olivos inmortales,
La ciudad de los reyes.—Ricas tropas
De jóvenes ginetes, que atrevidos
Espolean las yeguas voladoras,
Y mugeres ilustres revestidas
De sedas y de púrpuras costosas,
Montados en camellos, atraviesan
De Belen por la senda á todas horas;
Y al pasar de los pobres peregrinos
Al lado, una mirada desdeñosa
Acaso les dirigen, ignorando
Que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba
Edificio de fábrica orgullosa,
Cuyas blancas paredes, de aquel marco
De olivos y viñedos que corona
Los collados vecinos y montañas,
Al sol se destacaban.—Presurosa
Dirigió la feliz cabalgadura
A aquel punto José. Mas con zozobra
Oyó que ya lugar ninguno habia
Do descansara su afligida esposa.
Entonce á la ciudad siguió el camino;
Mas en vano sus calles tortuosas
En busca recorrió de algun albergue:
Todos los Belenitas con faz torva
A recibir negáronse al viagero
De apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya estendia
De nubes densas y apiñadas sombras
Sobre el altivo monte y la llanura
La noche del descanso protectora:
Y José en su afliccion desesperando
De encontrar un asilo, con llorosa
Faz, resolvió salir á la campiña,
Ya sumergida en las tinieblas hondas.
—A la parte del Sur y no muy lejos
De la dura ciudad, caliginosa

Habia una caverna, caro asilo
 Tal vez en las borrascas bramadoras
 De pastores aun tiempo y de ganados.
 Allí José y Miriam en fervorosa
 Oracion, juntamente bendigieron
 De Dios la omnipotencia previsorá.

Y allí cuando rasgando el negro velo
 Con que al mundo cubrió la niebla oscura,
 Señala media noche á nuestro suelo
 El astro luminoso en el altura;
 Sin humano dolor, al rey del cielo
 Encarnado en terrestre criatura,
 Dió á la luz la esposa del Señor, **MARIÁ**,
 Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
 Mansas las olas de la mar gimieron,
 Sus fuegos los volcanes apagaron,
 Los prados de sus flores se vistieron:
 Las estrellas del cielo se agitaron
 Y con mas viva luz resplandecieron;
 Y en himnos mil de júbilo, triunfales,
 Resonaron las arpas celestiales.

VI.

Cerca del establo
 Hay un prado ameno
 Do muchos pastores
 Junto á sus corderos
 Pasaban la noche
 Las iras temiendo
 De feroce tigre
 O chacal sangriento:
 Cuando de zozobras
 Están mas agenos,
 He aquí que de pronto
 Descienden al suelo
 De una luz divina
 Los puros reflejos;
 Y un jóven gallardo,
 De la luz en medio,
 A quien los zagales
 Ven de espanto llenos,
 Con voz mas süave
 Que el blanco ceceo
 Es del hijo caro
 Al amor materno: